

LA CIUDAD COMO METÁFORA DEL CUERPO EN MOVIMIENTO

Emilio Gerzaín Manzo Lozano*, Ciria Margarita Salazar C.*, Rossana Tamara Medina Valencia*,
Carmen Silvia Peña Vargas* y Alejandro Gómez Figueroa.

Tema 3. Ciencias Sociales

*Profesores investigadores del CA-UCOL 85 Educación y Movimiento de la Universidad de Colima.

** Profesor investigador de la Universidad Veracruzana.

RESUMEN

El presente trabajo reflexiona acerca del desarrollo de la ciudad, desde un punto de vista orgánico, para comprender el término desarrollo dependiente de sus habitantes y por lo tanto autosustentable. La ciudad nace por lo tanto vive, en tanto es organismo vivo porque se mueve. Para tal fin, se retoma el proceso de simbolización metafórico desarrollado por Paul Ricoeur en su Teoría de la Interpretación (Paidós, 1999) así como su postura crítica frente al psicoanálisis para abordar la polarización vida-muerte en una constante traslación y cambio cuya base será el movimiento.

El abordaje analítico se realiza en tres momentos: a) Ciudad y vida, b) Ciudad viva y movimiento, c) La ciudad es un cuerpo. Finalmente, se reflexiona sobre la actitud que los jóvenes manifiestan al retomar los espacios a través de actividades como el parkour, el skateboard, el ciclismo urbano o el breakdance: una forma simbólica de reconquistar el mundo, según Careri (2006).

Ciudad y vida

En la discusión para concebir la ciudad entran diferentes visiones: desde aquellas que hablan del sentido geográfico hasta las que refieren a su creación en el sentido de necesidad intrínseca al ser humano. Esta es la noción que convoca nuestras reflexiones en el sentido de observar el conglomerado urbano como una entidad viva puesto que su crecimiento tiende a nombrarse con efecto antropomorfo. Se habla del corazón de la ciudad, de sus arterias, en esto último viene la significación orgánica y biológica. Berman enriquece esta concepción con la definición de moderno, formando un conjunto con elementos diversos para dibujar el sentido de ciudad:

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. (Berman, 1991).

Asimismo, comenta la obra de Constantine Guys quien hace de sus ilustraciones infunde la sorpresa que nace del esplendor de las capitales, la moda, el movimiento y la vida que reflejan en su ir y venir. La vida en las megalópolis (Carbonell & Yaro, 2005) pareciera un sueño por el despliegue de poderío tecnológico y transformación del paisaje. La naturaleza da paso al ingenio humano que reclama la adecuación del espacio para sus necesidades de abrigo al tiempo que se provee de sustento por mecanismos de traslado y trueque de servicios. La organización en estos espacios que sepultan la geografía original en un primer momento crean la sensación de confort, los fenómenos y accidentes naturales se alejan de la cognición humana y pareciera que se transforman en leyendas. Fauna y vegetación se encuentran en establecimientos especializados, textos o medios electrónicos.

El hombre en la ciudad es un elemento clave. A su vez, el cuerpo humano requiere de un espacio para vivir la vida, frase tan sencilla que lleva toda la historia de la civilización a costas pues no existe nada en la ciudad que no remita a la visión del hombre y su cuerpo: el frente de los edificios, la bocacalle, el movimiento a la derecha o a la izquierda. Pensemos en el despliegue dancístico de las avenidas a las horas pico del tráfico. La congestión vehicular, la inmersión térmica, las inundaciones, la proliferación de fauna nociva proveniente de la mala evacuación y la contaminación de todo río que arrastra los desechos de las urbes. Los espacios naturales se vuelven recuerdo, deja de distinguirse la clase de vegetación que nos rodea, en tanto aumenta la población en los centros urbanos.

Ciudad, vida y movimiento.

¿Encuentro de contrarios, consecuencias que no se midieron? Cualquiera que sea su definición todo indica la necesidad de nuestro cuerpo para moverse. Un ejemplo histórico es la ciudad de Uruk en Mesopotamia, pieza clave para los estudiosos del tema puesto que

Según la tradición, Uruk nació de la unificación de dos enclaves separados: Eanna y Kullab. Durante este período, Uruk devino la ciudad-estado, el poder colonial y el centro de culto y de administración principales de toda Mesopotamia. Desde el punto de vista arquitectónica, esa época es la mejor conocida en la ciudad gracias a los espectaculares edificios excavados en las dos grandes áreas de culto mencionadas. (Montero Fenollós, 2012)

El resultado de esta definición de una antigua ciudad puede comprobarse en la actualidad, ya que los centros urbanos centralizan el sentido del poder, una forma particular de conceptualizar la vida humana puesto que desarrollan formas particulares para ejercer la fuerza de choque. La dinámica generada a partir de la organización de actividades ciudadana implica al hombre a replegarse en puntos neurálgicos que a su vez se entrelazan para generar el entramado vital. Una serie de actividades como mercadeo, prestación de servicios, dotación de alimentos, entre otros hacen que la ciudad se distinga de otros asentamientos humanos.

Cierto es que el conjunto de actividades ciudadanas podrán darnos la visión, el acercamiento, la serie de imágenes que configuran otra imagen desde una óptica particular. Aquella que del hombre que se aleja de la naturaleza para considerar un universo adaptado a las necesidades que se generan desde un ambiente artificial, pues con el paso de los años la apariencia de las construcciones urbanas, la misma conformación y distribución del ecosistema natural se abandona mejor especificado, se oculta, para abrirse al sentido artificial que toda organización arquitectónica y social ofrece: un entramado de acciones peculiares alejadas del sentido natural de los fenómenos atmosféricos. Cambia la geografía, el clima se altera, el hombre cambia sus hábitos y el reloj biológico no es el original. Existe una narrativa particular de la ciudad por parte de sus protagonistas.

La narración lleva implícito un sentido de tiempo. No es el tiempo que medimos en el reloj que obviamente también es artificial, pues la temporalidad es algo que escapa al control de las maquinarias y el cronometraje de las acciones no es lo mismo que su temporalidad. La temporalidad complejiza la existencia en tanto la cronografía enlista las acciones de quien existe, la sensibilidad se enfrenta al pensamiento pragmático. Una ciudad es primera instancia la posibilidad de la adaptación del ser humano, es decir, la manifestación de la creatividad y la cognición frente a la manifestación inalcanzable de la naturaleza que, por inconmensurable le creemos infinita.

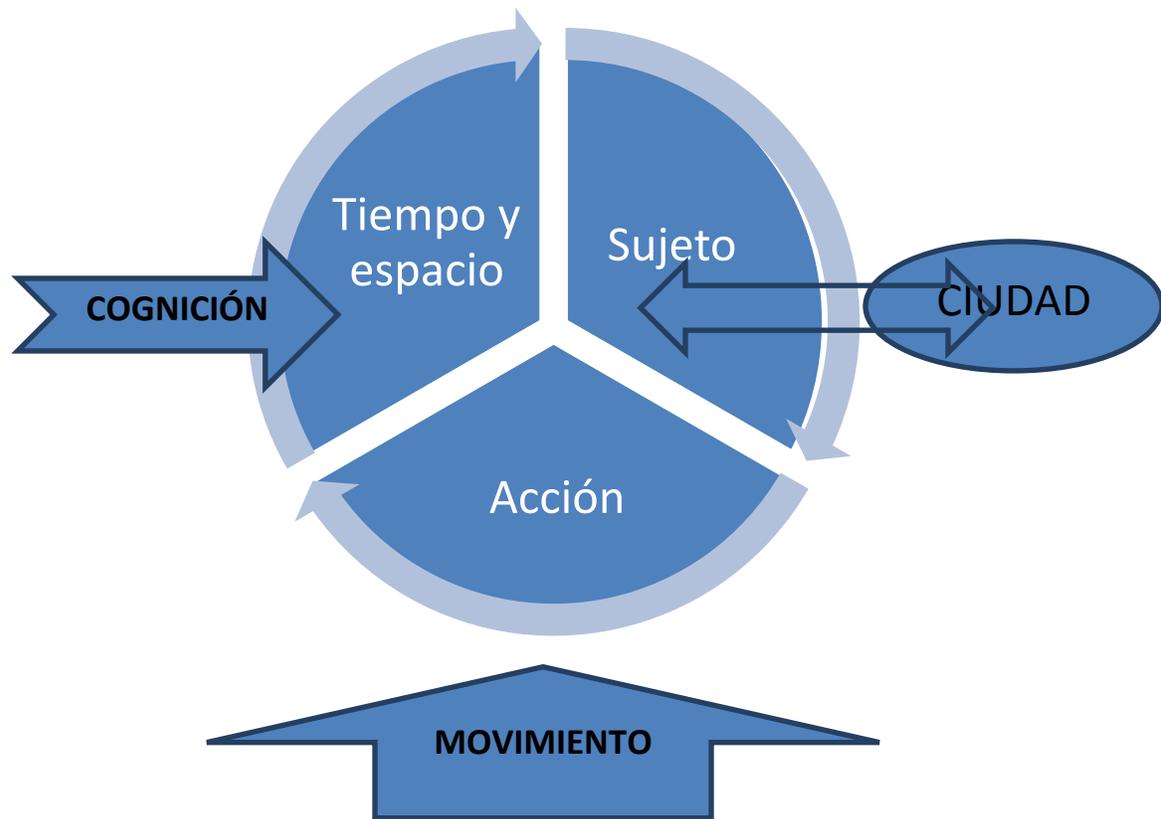
En la tradición, un texto narrativo posee un principio, un desarrollo y un final. Para Ricoeur esta secuencia es circular y no lineal (Ricoeur, 2000). Conceptualizado así, la narración sobre la ciudad lleva a los seres humanos a situarse dentro de un relato donde se construye la realidad de acuerdo al entorno que se vive y donde es necesario dotar a la escenografía, a los objetos que nos rodean en la orbe de vida propia. Por eso resultan comunes las expresiones donde se culpa al tráfico de las calles por nuestros retrasos, lo complicado que se vuelve aprenderse tantas nomenclaturas, algunas zonas donde acecha el peligro. Cuando todo lo enumerado tiene manufactura de nosotros. Sin embargo resulta mucho más sencillo atribuirle culpa a los bloques de cemento y su distribución sobre el espacio que decir “en efecto, esto que ven aquí proviene de la humanidad”.

En este sentido, la ciudad es un efecto del texto narrativo producto de la cognición, no existe per se, por el contrario una ciudad como tal se plantará ante nuestros sentidos una vez que haya sido conformada como tal al unificarse los puntos de tiempo, acciones y sujetos que las realizan en un tiempo y espacio precisos. No es un punto indeterminado. El texto narrativo ciudad proviene del conjunto acciones-espacio-sujeto y subyacente a este conjunto aparece el elemento movimiento. De esta relación deriva la ciudad viva, considerando que todo cuerpo requiere de movimiento para considerarse como tal y cuando un cuerpo se mueve reconocemos su vitalidad.

Una ciudad se mueve por lo tanto está viva y le hemos otorgado por tradición o por costumbre el esquema orgánico, un enfoque biológico para que pueda desarrollarse a voluntad aunque sea manipulada por un el mismo sujeto que realiza las acciones dentro del esquema narrativo.

Las flechas correspondientes a “Cognición” y “Movimiento” son los puntos neurálgicos para la relación circular de los elementos “Tiempo y espacio”, “Sujeto” y “Acción”. En el elemento sujeto aparece una flecha bidireccional que lo relaciona con el elemento “Ciudad” puesto que además de situarse desde fuera para poder concebirla tal como texto narrativo, también está dentro de ella para poder realizar las acciones y así unificar el sentido de a través del tiempo y la circularidad, todo sustentado por el movimiento. Ningún elemento del conjunto actúa separado de otros aunque si tiene independencia.

A continuación se muestra la representación del texto narrativo de la ciudad:



Para fortalecer el sentido de articulación de estos elementos narrativos recurrimos a Foucault quien dice al respecto:

O bien como una especie de desafío y bravata, una voluntad de ruptura ética, una suerte de dandismo moral, la afirmación desafiante de un estadio estético e individual insuperable, o bien como la expresión un poco melancólica y triste de un repliegue del individuo, incapaz de sostener, ante su mirada, entre sus manos, para sí mismo, una moral colectiva (por ejemplo, la de la ciudad) y que frente a la dislocación de esta moral colectiva, ya no tendría en lo sucesivo que ocuparse de sí mismo. (Foucault, 2004).

Ambas visiones, del texto narrativo y la del sentido moral del individuo justifican nuestra afirmación de que la ciudad posee vida propia fundamentada en el movimiento en tanto el ser

humano la conceptualice dentro de un texto narrativo, que emana de sí mismo a partir de la cognición.

La ciudad es un cuerpo vivo

Aquí tenemos la convergencia de distintas concepciones disciplinares para poder determinar la noción de cuerpo desde la geometría hasta la biología, cada una tendrá razones bien fundamentadas. Por otra parte, la cotidianidad hace que conceptualicemos el cuerpo sin tener una razón propia de ello fundamentada en la obviedad del ser. Discurriendo hacia el lado gramatical, consideramos la palabra ser un sustantivo, luego para afirmar que algo es o no es ese sustantivo entra a la categoría de las acciones y se vuelve verbo entonces ¿cuál acción corresponde a ser? Diremos que otorga existencia y entonces ser-existir serán sinónimos, lo cual no ocurre cabalmente porque la sinonimia total es inexistente, por lo tanto no es. En efecto, esta confusión entre ser o no ser más allá de Macbeth se refleja en la concepción de la ciudad y sus efectos sobre sus habitantes.

Anteriormente, afirmamos que la ciudad adquiere características antropomorfas en tanto clasificación de la vida humana. El fenómeno vital, por llamarlo de alguna manera, alberga un sinfín posibilidades de clasificación a partir de las experiencias que cada individuo tenga con su existencia en el mundo. Entonces, las clases sociales, las ideologías, las culturas son meros ornamentos para justificar los alcances de la transformación del medio ambiente a través de la urbanización.

Jerarquizamos, organizamos y clasificamos los objetos según podamos manipularlos a través de la abstracción. No hay una idea del objeto en su totalidad para la narratividad, puesto que cada cosa existente (consideramos cosa todo lo que se pueda clasificar concreto o no psíquico) resulta de una riqueza incontable, pensemos por ejemplo en la palabra mono y cada uno pensaremos en diferentes tipos, coloraciones y tamaños. Así se concibe cada objeto, de acuerdo a la experiencia que tengamos en la vida.

En objetos mimetizados con la persona en el caso del cuerpo, resulta muy difícil separarlos, puesto que la persona es una entidad psicológica y física, al mismo tiempo que el cuerpo corrobora su identidad individual, social o comunitaria. En consecuencia, surgen atributos desde el género hasta la moral, todo ello variante y subjetivo. La subjetividad acompaña la realidad de cada hombre y

mujer, seres que en se agrupan en sociedades cada vez con una cantidad mayor de urbanización. Vivir en, por y para la ciudad se vuelve prioritario en tanto la noción de civilización y modernidad invade el pensamiento.

Una vez que se decide vivir con el sentido de ser es necesario ubicarse en una entidad plenamente identificable. Las etnias existentes tienen características peculiares que, mucho antes de la globalización, eran perfectamente ubicables. En la actualidad, esa caracterización geográfica determinante se disuelve ante la maraña de las redes de información y más que una nacionalidad afirmamos desde este documento por la concepción de una globacionalidad. Es decir todo el conjunto de saberes, haceres, deshaceres y potencialidades culturales que se abstraen de la red de información construyen una manera particular de ser. El gadget ya no es un accesorio, sino una extensión del cuerpo. Entonces, el cuerpo comienza a transformarse, ese objeto que nace con nosotros y que alberga nuestro espíritu. La esencia humana debe patentizarse a través de las obras, tal como Uruk sentó sus precedentes a través de la magnificencia de la arquitectura. He ahí las megalópolis en la actualidad. Extienden el pensamiento del hombre, la memoria, el tiempo, la necesidad de ser y existir aparecen, se diluyen o transforman.

La ciudad nace, se desarrolla concebida un organismo en el sentido biológico y científicista que impera en nuestros días, por lo tanto, no deja de ser una entidad producto de la costumbre obligatoria de dejar sentada la existencia humana. La agrupación nomada cada vez más está en peligro de extinción, ahora el sedentarismo también se transforma para que, en lugar de llamar al sentido de ubicación, denomine la pasividad del cuerpo, la ausencia del movimiento.

Si en la propuesta original de estas reflexiones está la base del movimiento para la construcción del texto narrativo de la ciudad, la ausencia de éste provoca un desequilibrio. La transformación paulatina de la ciudad en un cuerpo cuasiinmóvil hace que los otros elementos del esquema comiencen a diluirse. Por lo tanto, la sociedad que en este relato vive tiende a transformarse: ahora recibimos la factura de la inmovilidad a través de todas las enfermedades que se derivan tales como diabetes, obesidad y las diferentes enfermedades cardiovasculares por mencionar algunas.

La sobrepoblación en las ciudades provoca alteraciones en el paisaje propio al mismo tiempo que se afectan la satisfacción y calidad de vida de sus pobladores. Esta alteración hace ver diferente el panorama, puesto que el narrador ve su objeto dañado por el mismo y recurre a elementos dentro

del mismo espacio para recrear y crear alternativas de salvación de un lugar que le perteneció por naturaleza, que construyó para adaptarlo a su persona y su cuerpo por lo tanto lo extendió metafóricamente para poder conceptualizarlo.

Los habitantes de las ciudades poseemos un cuerpo, pero el cuerpo entiende de límites en tanto la razón se ubica en un espacio para que haya un desplazamiento. Las trayectorias resultantes dentro del espacio poseen un principio y un fin en dos instancia de existencia: la temporalidad que se mueve infinitamente en el sentido de ser en sí mismo y la cronográfica en el sentido de medir las acciones en franjas de tiempo artificiales a partir de los movimientos naturales de traslación y rotación así como la asimilación de los distintos fenómenos atmosféricos como el día y la noche a través de tradiciones y culturas que nacen de las acciones cotidianas.

Afirmamos entonces que existe una metáfora de la ciudad al considerarla cuerpo y otorgarle una vida propia y que esta vida proviene de sus habitantes en movimiento. El cuerpo ciudadano está obligado a un movimiento artificial que aparentemente disminuye con el aumento de tecnología, pero es necesario reconsiderar este factor para la reconstrucción del concepto de modernidad para llegar al movimiento artificial como elemento natural para el sostenimiento de la vida corporal sana, un organismo vivo cuyos elementos mantienen una relación intrínseca e independiente.

REFLEXIONES FINALES PERO INICIALES

En este momento del texto, iniciaríamos el final pero según la tónica narrativa de Ricoeur cuando finalizamos en realidad arrancamos en un nuevo relato. Una vez marcado el territorio metafórico del cuerpo-ciudad y su actual estado de transformación cerraremos con la intervención del elemento juventud. Al igual que en el binomio salud-enfermedad intervendrán organismo cuya función será equilibrar el estado sano del organismo vivo, un proceso que puede generar en el alargamiento del periodo de vida o vencerse (pensando metafóricamente en que la vida es una batalla).

En el cuerpo ciudadano o urbano –como deseen llamarle- surgen acciones delimitadas por artefactos u fuerzas provenientes de los integrantes más jóvenes del conglomerado, quienes realizan instalaciones o performances de lo que fue o pudo ser el movimiento del cuerpo humano, actualizando el poder de la estructura ósea y muscular adaptándose a las posibilidades de espacio

entre edificios, unidades habitacionales, instituciones públicas y los restos de áreas verdes que reafirman la noción de cuerpo: son los pulmones de la ciudad.

Parecen pequeñas células distribuyéndose a lo largo de las arterias, reuniéndose en áreas determinadas para lograr el objetivo: hacer que el movimiento recobre lo que el cuerpo perdió, que viva nuevamente el mundo a través del salto, la pirueta, la velocidad del propio esquema corporal, la fuerza que alcanza el impulso de un cuerpo al ejecutar una marometa. Hablamos en síntesis del parkour, los circuitos ciclistas, el brakedance, el skateboard y muchos otros movimientos incorporan artefactos e infraestructura para hacer de nuevo lo que el cuerpo mucho tiempo hizo: moverse para vivir.

La llegada de la urbanización y el sistema de creencias que se generó a partir del uso de la tecnología en la vida diaria facilitando las tareas, provocó un alejamiento de la acción del esquema corporal y puso en perspectiva la sobrevaloración del estado pasivo frente al estado activo. Surgieron espacios especiales para el culto al cuerpo como los spa y los gimnasios que resultan selectivos y lejanos a las mayorías, siendo que las ciudades albergan, en ocasiones, miles de millones de personas. La solución como siempre provino de la transgresión. Los jóvenes toman las calles para moverse, el auto, las máquinas dueñas de los espacios ciudadanos tienen que dar lugar a quienes reclaman el derecho natural del cuerpo para alcanzar el sueño de la vida sana.

La situación actual plantea un reto para los gobiernos quienes deberán rediseñar las ciudades desde el planteamiento de espacios públicos dedicados al cultivo del cuerpo, así la implementación de programas sistemáticos para la generación de una cultura del movimiento a partir de las posibilidades que el entorno ofrezca y también brindar el cuidado a través de una legislación, apoyada por especialistas multidisciplinarios, que proteja la salud del cuerpo considerando que de la noción de sí mismo proviene el espacio donde se vive.

BIBLIOGRAFIA

Berman, M. (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.

Carbonell, R., & Yaro, R. D. (2005). American Spatial Development and the New Megalopolis. *Land Lines*, 1-5.

Foucault, M. (2004). *La hermenéutica del sujeto*.

Montero Fenollós, J. L. (2012). La primera ciudad de Mesopotamia, Uruk. *Historia Nacional Geographic*, 36-43.

Ricoeur, P. (2000). *Tiempo y narración volumen III*. México: Siglo XXI.